



DIOS Y DEMONIO: ETERNA ESTRIDENCIA DEL INCONSCIENTE.¹

Dr. F. Javier Arteaga J.

Hombre siniestro muerto de día y redivivo de noche, de enormes colmillos que disimula para relacionarse socialmente y que le surgen ante sus víctimas a quienes previamente seduce o hipnotiza. Estas suelen ser doncellas angelicales de cuya sangre se nutre y perpetúa su existencia de cementerio. Puede transformarse en un animalejo volador que incidentalmente se llama vampiro. Quien cae seducido o violado por él, empalidece, enferma y aparentemente muere, pero en realidad pasa a formar parte de la legión vampiresca. El espejo no le refleja la imagen, es inmune a las balas ordinarias, difícil de envenenar porque su dieta, que solo incluye sangre humana fresca, no la toma en copas, sino directamente del cuello de sus víctimas. Imposible atropellarlo con un auto o coparlo en un incendio por su asombrosa mutabilidad. Se mofa de cualquier intriga humana para deshacerse de él y sólo parece temerle a algunos símbolos cristianos: el crucifijo, la hostia, el agua bendita. También repudia los ajos y sólo podrá desbaratarlo quien lo sorprenda aletargado en su ataud antes de ponerse el sol, atravezándole el pecho con una estaca de encino.

Esta elemental descripción la conoce cualquiera a edad temprana, muchas veces antes de conocer la especie animal que le

¹ Trabajo leído en el IX Congreso de la A.P.M., Guadalajara 1987.



98

dio nombre a esta forma de demonio. El analfabeta y el erudito podrán agregar infinidad de detalles que van cambiando según las épocas y culturas. Hoy por hoy, el vampirismo se sigue actualizando positivamente. Se trata de un cuerpo de conocimiento tan difundido como cualquier religión. No sólo es -como podría parecer- producto de la ignorancia, la superstición o el oscurantismo vernáculo; es una infraestructura de creencias que se da mucho más espontáneamente que las religiones oficiales. En estas, los sectarios dicen creer en sus dogmas y preceptos respectivos, pero frecuentemente se comportan como si así no fuera, en cambio, cualquiera niega sus creencia en el vampiro, cualquiera se ampara en un resguardo intelectual contra él, pero ¿cuántos se atreven a visitar un cementerio remoto a media noche?, y de hacerlo ¿en qué están pensando cuando los agujonea el miedo?. Más de los que imaginamos se comportan como auténticos creyentes del vampiro, aunque ni ellos mismos se percatan bien de su adhesión.

Sobre Dios, hay respetables esfuerzos por definirlo y comprenderlo, pero la teología no ha ganado adeptos al ritmo de la vampirología. La enseñanza religiosa institucionalizada, es materia deliberadamente inducida. De no ser así, es poco probable que surga el apego sectario. En cambio, las enseñanzas sobre el vampiro, caen más al acaso y se van infiltrando espontáneamente. Su arraigo en la humanidad no se debe a la literatura (que más bien ha ido resumiendo leyendas y consejas) ni posteriormente al



embate cinematográfico al que estamos expuestos, sino a una necesidad tan arcaica e inconsciente como la de crear a Dios.

Los atributos que la humanidad ha ido dando al vampiro, reflejan la necesidad de materializar fuerzas malignas relegadas en el inconsciente, con la perspectiva de desplazarlas hacia un ser externo y sobrenatural. Es el empleo de la imaginación en un mecanismo proyectivo de las pulsiones instintivo-agresivas y sexuales, poniéndolas en un objeto fóbico para librarse de ellas a través de talismanes contrafóbicos. Al crear la vulnerabilidad del vampiro a los poderes divinos, se reafirma la función de Dios como padre protector. Pero no es esto lo que lo hace prevalecer: el vampiro está lleno de atractivos fascinantes que dan en la fibra sensible de una humanidad desgarrada por sus dicotomías. En primer lugar, burla a la muerte con su existencia eterna en este mundo, lo cual es más concreto que la promesa abstracta de un "cielo" lejano, nada tangible de algunas religiones. Seduce con su ambivalencia de "vivir muerto medio tiempo" a cambio de ejercer poderes por encima de lo común; si la noche es teatro de una vida plétórica de realizaciones sexuales habitualmente reprimidas.

¿Por qué la humanidad no se conformó con crear al Diablo, ese venerable espíritu del mal que ofrece tantas oportunidades (riquezas, poder, sexualidad) a cambio del alma?. Mi idea es que los demonios tradicionales han funcionado como una abstracción semejante a la de la mayoría de los dioses.

100

Si el Cristianismo primitivo inflamó a un sector humano hace dos mil años, si desbordó fronteras y prevaleció contra brutales persecuciones y sacrificios multitudinarios, fue porque se organizó en torno a un líder perfectamente concreto, que incitó un movimiento liberador de la masa esclavizada de su entorno. Si ha sobrevivido a pesar de las graves distorsiones propias de la administración humana, es porque sigue apoyado en la figura de un hombre que pesaba y medía en su tiempo y al que se invoca a través de rituales litúrgicos. Jesús fue un hombre que demostró pasiones como amar, sufrir, perdonar y cuya anatomía y fisiología era de una levadura tan humana, que sus lágrimas mojaban y podía oler a sudor. Legó a sus prosélitos la promesa de un reino eterno, reivindicador de los sufrimientos de esta vida. Aunque su labor de líder mesiánico duró demasiado poco, alcanzó a tocar en el inconsciente de su grey, anhelos de superación espiritual y otras virtudes que también suelen mantenerse reprimidas. El símbolo del hombre crucificado es el polo del sacrificio, la parte noble y virtuosa, capaz de hacer retroceder al polo de la maldad y mantener así un equilibrio tolerable para la consciencia.

Las leyendas acerca del vampiro también fueron urdidas alrededor de un hombre tan de carne y hueso como cualquiera de nosotros. Que vivía en su castillo y pudo ser observado por sus coterráneos. Una figura fascinante de cuya vida encontramos huella en los archivos de diferentes poblaciones, bibliotecas, museos y monasterios, y que dio lugar a leyendas, baladas,



escritos antiguos, mapas y objetos de artesanía que son testimonio de su influencia.

La personalidad de Drácula rebasó los confines de Rumania, y en su época se ostentó como un caudillo renacentista de nuevo estilo, un patriota premaquiavélico, un táctico de la guerra y del terror y como un sadista. Reinó puritanamente, fue muy duro con quienes juzgaba culpables de pereza o inmoralidad, especialmente si eran mujeres. Con frecuencia comía rodeado de cuerpos empalados, forma degradante y cruel de muerte lenta. Su nombre: Vlad Tepes Drácula (conocido también como Vlad el Empalador), nació hacia el año 1431 y fue el segundo hijo de Vlad II Drácul, de la familia principesca Basarab. Drac, en lengua rumana quiere decir diablo, y el sufijo ul es el artículo definido que agregan al final de las palabras. ¿Porqué los campesinos o los nobles asociaron la palabra diablo con un príncipe conocido como constructor de iglesias y monasterios? Una posible respuesta es que los propagandistas de su cancillería le dieron la reputación de diablo para acobardar así a la gente induciéndola a la obediencia. Como sea, el hijo de Drácul, cuyo nombre era Vlad III, simplemente heredó el nombre de su padre, aunque le llegó a ser más propio a causa de su notable crueldad. Con esta coyuntura humana, el pueblo se codea con el propio diablo. Este hombre dió pábulo a toda suerte de consejas vernáculas, imaginería tenebrosa que creó un verdadero folklore que perduró a trasmano más de cuatro siglos antes de ser prospecto de letra impresa. Los ingredientes de la historia de



Drácula cobraron personalidad literaria hasta 1897, a partir de la novela de Bram Stoker, quien lo presenta como el rey de los vampiros. El personaje recapitulado por Stoker, se encontraba ya pletórico de simbología. A partir de él, sólo se han ido agregando elementos secundarios; desde los más dramáticos o terroríficos, hasta los más cómicos o irónicos, pero todos bordan sobre la simbología original; se sigue matizando en torno a un antiguo perfil bien definido: es rapaz y seductor, para las mujeres puede tener un encanto irresistible, aunque su aspecto externo ha sufrido cientos de interpretaciones. Para los hombres es el rival perverso que arrebató a la hija, la hermana, la novia, ... o puede ser objeto de intensas fantasías homosexuales. El simbolismo de su acometida, va de acuerdo a la capacidad de abstracción desarrollada: para el niño es la mordida sangrante, espeluznante, que mata. Para el adolescente es mezcla de esto y una vaga inquietud presentida en su sexualidad, con un claro sentido de eternización del mal. Para el adulto no hay duda del abordaje sexual, aunque desairando la simpleza de la localización genital. ¡Es una posesión frenética de todo el ser! ¡Un secuestro de su vitalidad!

La víctima experimenta un arrobamiento que apura por completo, llegando a éxtasis jamás imaginados. En esta total entrega a lo maligno, a lo satanizado de la sexualidad, lo inconmensurable del éxtasis se debe a que será sólo uno, que resumirá toda la capacidad de goce por esa única vez. Luego habrá



que pagarse el precio de una eternidad transcurrida en las sombras.

Siendo el espejo ventana que divulga nuestro aspecto externo, al consultarlo nos obligamos a ver lo que no alcanzamos de nosotros mismos por la vía directa. Confrontarlo significa hacer consciente lo que podríamos haber seguido ignorando, lo que tememos que los demás puedan ver en nosotros: fealdad, miseria, malignidad. Por siglos se nos ha obligado a reprimir lo instintivo, lo espontáneo, lo naturalmente placentero de la sexualidad; como si se tratara de algo perverso. Habría razones pues, para querer anular la propiedad reflejante del espejo, su insulto al proyectarnos y delatar lo que llevamos en el alma. La ocurrencia de que el vampiro no se refleja en los espejos porque no tiene alma, resuelve un problema de conciencia moral: si alguna vez el espejo se niega a reflejar nuestra imagen, confirmaremos el terror de llevar dentro al vampiro o de carecer de alma, al no ocurrir así, podemos estar tranquilos.

La virtud induce a éxtasis casi exclusivamente en los grandes místicos, que son verdaderos paradigmas. El mensaje religioso acerca de la virtud, el del dios que se pone al alcance del común de la gente, aprecia más bien el sacrificio y hasta le otorga un valor supremo. El renunciamiento sexual es la vía excelsa a la santificación; el deleite es condenado. De ahí que el vampiro, con su carisma de sensualismo seductor, remueve los cimientos de esta virtud impostada y atrae infinidad de prosélitos.



Los éxtasis que promete la virtud, tendrán que ganarse tesoneramente y se reservan para después de esta vida sensorial, en una dimensión abstracta cuya existencia implica muchas dudas.

El vampirismo da en el blanco de la imaginación terrenal, remueve pasiones eróticas y tanáticas soterradas y ofrece la oportunidad de proyectarlas ampliamente, rescatarlas del inconsciente y ponerlas en los protagonistas del rumor, el cuento, la leyenda, la novela, la película, etc. Su ventaja sobre la institución religiosa es que no hay un pontificado que lo monopolice, no hay inspectores de su decálogo ni se remarcan obligaciones de actitud. Deja un margen de movilidad a las necesidades irracionales de cada quien. Subsistirá en la medida en que cumpla esta función liberadora de tendencias humanas reprimidas.²

² Para los datos históricos incluidos en este trabajo, se consultó: FLORESCU y Mc. NALLY. Drácula, una biografía de "Vlad el Empalador", Ed. Diana, Méx., 1985.